



Era un domingo de octubre por la tarde y, lo mismo que muchas otras señoritas de su clase, Katharine Hilbery servía el té. Tal vez ocupara en ello la quinta parte de su mente; las partes restantes salvaban la pequeña reja de día que se interponía entre el lunes por la mañana y aquel dócil momento, y jugueteaban con las cosas que uno hace de manera voluntaria y habitual a la luz del día. Pero, aunque estaba callada, saltaba a la vista que era dueña de una situación que le resultaba muy familiar, y dejaría que siguiera su curso acaso por milésima vez, sin involucrar ninguna de sus desocupadas facultades. Una simple mirada bastaba para evidenciar que la señora Hilbery era tan rica en las dotes que logran llevar una merienda de distinguidas personas mayores a buen término que apenas necesitaba la ayuda de su hija, siempre que otro se encargara del fastidioso asunto de las tazas y el pan con mantequilla.

El pequeño grupo llevaba menos de veinte minutos sentado a la mesa, y la animación observable en sus rostros y la cantidad de sonido que generaban honraban a la anfitriona. De improviso, Katharine se dijo que si en ese momento alguien abriera la puerta, pensaría que lo estaban pasando en grande; pensaría: «¡Qué delicia es entrar en esta casa!». Y, de forma involuntaria, se echó a reír y dijo algo para incrementar el ruido, en principio, para honra de la casa, porque hasta entonces ella misma no se había sentido demasiado entusiasmada. En aquel preciso momento, lo que la divirtió

bastante, la puerta se abrió de par en par y un joven entró en la habitación. Katharine, en tanto que le estrechaba la mano, le preguntó en su fuero interno: «Bien, ¿piensas que estamos pasándolo en grande?».

—El señor Denham, mamá —dijo en voz alta advirtiéndole que su madre había olvidado el nombre del joven.

Ello no pasó desapercibido al señor Denham, e incrementó el bochorno que inevitablemente acompaña la entrada de un extraño en una habitación llena de personas que se sienten muy cómodas entre sí, todas a media frase. Al mismo tiempo, el señor Denham sintió que mil puertas acolchadas se habían cerrado entre él y la calle. Una fina bruma, la etérea esencia de la niebla, flotaba en el dilatado y vacío espacio del salón, todo plateado en la mesa redonda donde se agrupaban las velas, y de nuevo rojizo junto al fuego. En su mente aún circulaban ómnibus y taxis, y le hormigueaba el cuerpo por haber andado a paso ligero por las calles, entrando y saliendo del tráfico y los peatones, de modo que el salón le parecía aislado y tranquilo; y el aire espesado por azules motas de niebla suavizaba y arrebolaba los rostros de las personas mayores, a cierta distancia unos de otros. El señor Denham había entrado cuando el señor Fortescue, eminente novelista, llegaba a mitad de una frase muy larga. La suspendió mientras el recién llegado se sentaba, y la señora Hilbery juntó con pericia las partes rotas inclinándose hacia él y comentando:

—Bien, señor Denham, ¿qué haría si estuviera casado con un ingeniero y tuviese que vivir en Mánchester?

—Seguro que podría aprender persa —apuntó un viejo y enjuto señor—. ¿Acaso no hay en Mánchester un maestro jubilado o un hombre de letras con quien pudiera estudiar persa?

—Una prima nuestra se ha casado y se ha ido a vivir en Mánchester —explicó Katharine.

El señor Denham murmuró algo, que de hecho era cuanto se le pedía, y el novelista continuó la frase que había dejado. El señor

Denham se maldijo por haber canjeado la libertad de la calle por aquel sofisticado salón, donde, entre otras contrariedades, sin duda no se luciría. Miró en torno a él y vio que, salvo Katharine, todos rebasaban la cuarentena. Su único consuelo: el señor Fortescue era una auténtica celebridad que tal vez mañana uno se alegrase de haber conocido.

—¿Ha estado alguna vez en Mánchester? —le preguntó a Katharine.

—Nunca —repuso ella.

—En ese caso, ¿qué tiene contra esa ciudad?

Katharine removi6 su té y Denham se dijo que se interrogaba sobre la necesidad de llenar la taza de otra persona, pero lo cierto es que se preguntaba cómo iba a lograr que aquel extraño joven armonizara con el resto. Advirtió que apretaba la taza con tal fuerza que la delicada porcelana corría el riesgo de curvarse hacia adentro. Le veía nervioso; era de esperar que un joven huesudo, con la cara algo enrojecida por el viento y el pelo un poco revuelto, se hallara nervioso en ese grupo. Es más, seguramente detestara ese tipo de recepción y hubiera venido por curiosidad o porque su padre le había invitado... sea como sea, no sería fácil lograr que encajara con los demás.

—Diría que en Mánchester no hay nadie con quien hablar —repuso ella al azar.

El señor Fortescue, como suelen hacer los novelistas, llevaba un rato observándola; sonrió ante ese comentario, que le dio pie para seguir especulando.

—Sin duda, pese a una ligera tendencia a exagerar, Katharine da en el clavo —dijo.

Y, retrepándose en el sillón, clavando los opacos y contemplativos ojos en el techo y juntando las yemas de los dedos, describió primero los horrores de las calles de Mánchester, luego los áridos e inmensos brezales de los arrabales de la ciudad, la casucha donde viviría la joven, y por último a los profesores y miserables estudiantes, apasionados de las obras más arduas de nuestros dramaturgos más

jóvenes, que la visitarían. Poco a poco le cambiaría el semblante, regresaría volando a Londres y Katharine tendría que pasearla, como quien pasea de una cadena a un perro impaciente frente a hileras de clamorosas carnicerías, pobre criatura.

—¡Oh, señor Fortescue! —exclamó la señora Hilbery cuando este hubo terminado— ¡Acabo de escribirle para decirle cuánto la envidio! Pensaba en los grandes jardines y en esas queridas viejitas con mitones que solo leen *The Spectator* y despabilan las velas. ¿Habrán desaparecido todas? Le dije que allí encontraría las cosas bonitas de Londres, pero sin las horrendas calles que tanto la deprimen a una.

—Está la Universidad —dijo el enjuto señor que antes había insistido en la existencia de personas que dominaban el persa.

—Sé que hay brezales, porque el otro día lo leí en un libro —dijo Katharine.

—Me apena y asombra la ignorancia de mi familia —comentó el señor Hilbery.

Era un hombre mayor cuyos ovalados ojos de color avellana, bastante brillantes para su edad, le aligeraban el rostro. Jugaba sin cesar con una piedrecita verde sujeta a una leontina, por lo que exhibía largos y ultrasensibles dedos, y con su manera de mover la cabeza muy deprisa de un lado para otro sin modificar la posición de su alto y más bien corpulento cuerpo, daba la impresión de procurarse un constante motivo de recreo y reflexión a costa del menor derroche de energía posible. Cabía suponer que había superado la etapa de la vida en que las ambiciones son personales, o bien las había satisfecho en la medida de lo posible, y ahora empleaba su considerable agudeza antes en observar y reflexionar, que en obtener resultado alguno.

Katharine, decidió Denham mientras el señor Fortescue erigía otra pulida estructura de palabras, se asemejaba tanto a su padre como a su madre, y la mezcla era un tanto extraña. Poseía los rápidos e impulsivos gestos de su madre —con frecuencia entreabría los labios para hablar, y los cerraba—, y los oscuros y ovalados ojos de su

padre, rebotantes de luz sobre un fondo de tristeza o, lo que era más probable, pues era demasiado joven para haber adquirido un punto de vista triste, respondieran a un ánimo dado a la contemplación y el dominio de sí. A juzgar por el cabello, el cutis y la forma de los rasgos, era imponente, si no realmente hermosa. La caracterizaban la decisión y la serenidad, una mezcla de cualidades que resultaba en un carácter muy fuerte, no calculado para poner cómodo a un joven que apenas la conocía. Por lo demás, era alta; su discreto vestido estaba ornado de un viejo encaje amarillo al que la chispa de una antigua joya brindaba un único destello rojo. Denham advirtió que, aunque no hablase, controlaba lo suficiente la situación como para responder de inmediato a la llamada de auxilio de su madre y, sin embargo, bien veía que tenía la cabeza en otra parte. Se dijo que su posición en la mesa, entre todas esas personas mayores, no era de las más fáciles, y reprimió su inclinación a que ella o su actitud le resultaran antipáticas. La conversación, tras haberse extendido con generosidad sobre Mánchester, pasó a otro tema.

—¿Sería la batalla de Trafalgar o la Armada Invencible, Katharine?
—preguntó su madre.

—Trafalgar, mamá.

—¡Claro, Trafalgar! ¡Qué tonta soy! Otra taza de té con una fina rodaja de limón, y luego, querido señor Fortescue, por favor, explique ese absurdo enigma. Una no puede dejar de creer a un señor de nariz romana, aunque le haya conocido en un ómnibus.

Aquí, a juicio de Denham, el señor Hilbery se interpuso y habló con gran sensatez de la abogacía y los cambios que había presenciado a lo largo de su vida. De hecho, le correspondía a él ocuparse de Denham, pues se habían conocido a raíz de que el señor Hilbery le había publicado un artículo jurídico en su revista. Pero cuando un momento después anunciaron a la señora Sutton Bailey, este se volvió hacia ella, y el señor Denham se vio guardando silencio, descartando posibles cosas que decir, junto a Katharine, que tampoco hablaba. Como ambos eran casi de la misma edad y tenían menos

de treinta años, tenían prohibido el uso de numerosas frases cómodas que entablan una apacible conversación. Los silenciaba aún más el malicioso afán de Katharine de no ayudar con ninguna de las consabidas cortesías femeninas al joven, en cuyo porte erguido y resuelto detectaba algo hostil a su entorno. De modo que guardaban silencio, en tanto que Denham reprimía su deseo de decir algo brusco y explosivo que la sacara de su ensimismamiento. Pero la señora Hilbery era sensible al menor silencio en el salón, como a una nota muda en una escala sonora, e, inclinándose hacia el otro lado de la mesa, con la singular e indecisa distancia que daba a sus frases aspecto de presumidas mariposas revoloteando de un lugar soleado a otro, comentó:

—¿Sabe, señor Denham, que me recuerda muchísimo al querido señor Ruskin...? ¿Será la corbata, Katharine? ¿O el pelo? ¿O la manera de sentarse en el sillón? Dígame, señor Denham, ¿es usted admirador de Ruskin? Alguien me dijo el otro día: «Oh, no, no leemos a Ruskin, señora Hilbery». Me pregunto qué leen, porque no podemos pasarnos la vida subiéndonos a los aires en aeroplanos y escarbando en las entrañas de la tierra.

La señora Hilbery miró benévola a Denham, que no dijo nada articulado, y luego a Katharine, que sonrió pero tampoco dijo nada, y se le ocurrió una idea brillante.

—Seguro que al señor Denham le gustaría ver nuestras cosas, Katharine —exclamó—. Seguro que no es como ese espantoso joven, el señor Ponting, que me dijo que nuestro deber era vivir tan solo en el presente. A fin de cuentas, ¿qué es el presente? La mitad es pasado, y diría que la mejor mitad —añadió volviéndose hacia el señor Fortescue.

Denham se levantó casi con intención de marcharse, pues pensaba que ya había visto cuanto había que ver, pero Katharine se levantó al mismo tiempo y, diciendo «quizás le gustaría ver los cuadros», le condujo a través del salón a una sala más pequeña.

La salita era como una capilla en una catedral, o una gruta en una cueva, pues el atronador sonido del tráfico a lo lejos evocaba un suave oleaje y los ovalados espejos plateados semejaban hondas pozas temblorosas a la luz de las estrellas. Pero la comparación con un templo religioso era la más acertada, pues la salita se hallaba atiborrada de reliquias.

Poniendo la mano aquí y allí, Katharine hizo brotar distintas luces, revelando una masa cuadrada de libros rojigualdos, luego una larga falda pintada de azul y blanco que chispeaba tras el cristal, luego un bien dispuesto y equipado escritorio de caoba y, por último, encima del despacho, un cuadro cuadrado que contaba con una iluminación especial. Cuando Katharine hubo encendido esas últimas lámparas, se apartó como diciendo: «¡Hecho!». Denham se encontró bajo la mirada del gran poeta Richard Alardyce y se llevó un pequeño susto que, de haber llevado sombrero, le habría hecho descubrirse. Los ojos le miraban desde la suave pintura rosada y amarilla con divina simpatía, y luego pasaban a contemplar el mundo entero. La pintura estaba tan descolorida que apenas destacaban esos inmensos y hermosos ojos oscuros en la grisura circundante.

Katharine esperó a que el cuadro le impactara de lleno, antes de decir:

—Este es su escritorio. Utilizaba esta pluma.

Asió una pluma de ganso, que enseguida dejó en su sitio. El escritorio estaba salpicado de tinta vieja, y la pluma deshilachada por el uso. Allí, al alcance de la mano, había unos gigantescos anteojos de montura dorada, y, debajo de la mesa, unas enormes y viejas zapatillas. Katharine agarró una y comentó:

—Mi abuelo debía de ser al menos el doble de grande que los hombres de ahora. Este —prosiguió como recitara de memoria— es el manuscrito original de la «Oda al invierno». Los primeros poemas están mucho menos corregidos que los últimos. ¿Le gustaría echarles un vistazo?

Mientras el señor Denham examinaba el manuscrito, ella alzó la vista hacia su abuelo y, por enésima vez, se sumió en una placentera ensoñación donde se imaginaba como la compañera de esos gigantes, o al menos de su misma estirpe, y desdeñaba la mediocridad del momento presente. Seguro que la magnífica y espectral cabeza del lienzo nunca había observado las banalidades de una tarde de domingo, y no importaba lo que aquel joven y ella se dijeran, porque no eran sino gente insignificante.

—Este es un ejemplar de la primera edición del poemario —prosiguió sin tener en cuenta que el señor Denham seguía ocupado con el manuscrito—: contiene varios poemas que no se han reimpresso nunca, además de correcciones.

Hizo una pausa de un minuto y prosiguió como si los silencios fueran calculados.

—Esa señora de azul es mi bisabuela, junto a Millington. Este es el bastón de mi tío (era sir Richard Warburton, ¿sabe?, y cabalgó con Havelock a la Liberación de Lucknow). Y vamos a ver... Oh, ese es el Alardyce original, 1697, fundador de la fortuna familiar, junto a su esposa. El otro día alguien nos regaló esta vasija porque lleva el escudo y las iniciales. Pensamos que debieron de regalársela a la pareja en ocasión de sus bodas de plata.

Calló un instante, preguntándose por qué el señor Denham no decía nada. La sensación de que le era hostil, que se le había disipado mientras pensaba en las posesiones familiares, le volvió con tal vehemencia que se interrumpió en mitad del inventario y le miró. Su madre, que deseaba encontrarle un vínculo lisonjero con los grandes hombres del pasado, le había comparado con el señor Ruskin; esa comparación, que Katharine tenía presente, la llevó a ser más crítica con el joven de lo que este merecía, pues un joven endominado se halla en un elemento muy distinto a un rostro captado por un artista en el clímax de su expresividad que mira sin inmutarse desde detrás de un cristal, que era lo único que le quedaba del señor Ruskin. Tenía un rostro singular, un rostro constituido antes para la

prontitud y la osadía que para una excesiva contemplación: frente ancha, nariz larga y formidable, labios escuetos, y a la par tenaces y sensibles, y mejillas enjutas encendidas por un intenso flujo de sangre roja. Sus ojos, que en ese momento expresaban las habituales impersonalidad y autoridad masculinas, acaso revelaran emociones más sutiles en circunstancias más favorables, porque eran grandes y de color castaño claro; parecía que de improviso vacilaran y conjeturaran, pero Katharine solo le miraba para preguntarse si ese rostro no se habría acercado más al ideal de sus héroes muertos si se hallara ornado de patillas. En su cenecía estampa y sus enjutas, aunque lozanas, mejillas, veía indicios de un alma mordaz y angulosa. Percibió en su voz un ligero temblor, una inflexión un poco chirriante, cuando dejó el manuscrito y dijo:

—Debe de estar muy orgullosa de su familia, señorita Hilbery.

—Sí, lo estoy —repuso Katharine y añadió—: ¿Hay algo malo en ello?

—¿Malo? ¿Cómo iba a ser malo? Aunque debe ser un fastidio enseñarles sus cosas a las visitas —agregó pensativo.

—No lo es si las visitas las aprecian.

—¿No es difícil estar a la altura de sus antepasados? —prosiguió él.

—Supongo que no intentaría escribir poesía —repuso Katharine.

—No. Y eso yo lo odiaría. No soportaría que mi abuelo me anulara. Y, a fin de cuentas —prosiguió Denham paseando por la estancia una mirada que Katharine calificó de satírica—, no es solo su abuelo. La anulan por los cuatro costados. Supongo que descende de una de las más distinguidas familias de Inglaterra. Están los Warburton y los Manning, y usted es pariente de los Otway, ¿verdad? Leí todo eso en alguna revista —agregó.

—Los Otway son mis primos —repuso Katharine.

—Bien —dijo Denham en tono concluyente como si eso demostrara su argumento.

—Bien —dijo Katharine—, no veo que haya demostrado nada.

Denham sonrió de forma peculiarmente provocadora. Le divertía y agradaba constatar que podía irritar, ya que no impresionar, a su inatenta y altiva anfitriona; aunque habría preferido impresionarla.

Guardaba silencio, sosteniendo el valioso librito de poemas aún sin abrir, y Katharine le observaba con un aire cada vez más melancólico o contemplativo a medida que deponía su irritación. Parecía estar considerando muchas cosas. Había olvidado sus obligaciones.

—Bien —volvió a decir Denham abriendo de improviso el pequeño poemario como si hubiera dicho cuanto quería o podía decir con propiedad.

Pasó las páginas con gran decisión, como si juzgara el libro en su totalidad: la impresión, el papel y la encuadernación, además de la poesía. Luego, habiéndose satisfecho de su buena o mala calidad, lo dejó en el escritorio y examinó el bastón de malaca de empuñadura de oro que perteneciera al soldado.

—Pero ¿usted no está orgulloso de su familia? —preguntó Katharine.

—No —dijo Denham—. Nunca hemos hecho nada de lo que enorgullecernos, a menos que consideremos el hecho de pagar las facturas como un motivo de orgullo.

—Suenan bastante aburrido —comentó Katharine.

—Nos encontraría sobremanera aburridos —convino Denham.

—Sí, puede que los encontrara aburridos, pero no creo que los encontrara ridículos —agregó Katharine como si Denham hubiera formulado esa acusación contra su familia.

—No, porque no somos nada ridículos. Somos una respetable familia de clase media afincada en Highgate.¹

—Nosotros no vivimos en Highgate, pero supongo que también somos de clase media.

¹ A finales del siglo XIX Highgate, que había sido una aldea al norte de Londres, se había convertido en un respetable barrio de clase media (*N. de la T., como todas las demás*).

Denham se limitó a sonreír y, devolviendo el bastón de malaca a la bastonera, extrajo una espada de su funda ornamental.

—Pertenece a Clive,² eso decimos —dijo Katharine reasumiendo automáticamente la función de anfitriona.

—¿Es mentira? —inquirió Denham.

—Es una tradición familiar. No creo que podamos demostrarlo.

—Verá, en nuestra familia no tenemos tradiciones —dijo Denham.

—Suenan muy aburridos —comentó Katharine por segunda vez.

—Solo de clase media —repuso Denham.

—Pagan sus facturas y dicen la verdad. No veo por qué iban a despreciarnos.

El señor Denham envainó con cuidado la espada que, según los Hilbery, había pertenecido a Clive.

—No me gustaría estar en su lugar; solo he dicho eso —repuso él como si dijera lo que pensaba con la mayor precisión posible.

—No, pero a nadie le gustaría estar en el lugar de otra persona.

—A mí sí. Me gustaría estar en el lugar de muchas personas.

—En ese caso, ¿por qué no en el nuestro? —preguntó Katharine.

Denham la miró: sentada en la butaca de su abuelo, deslizaba con suavidad el bastón de malaca de su tío abuelo entre los dedos, teniendo por tela de fondo destellos de azul y blanco, y libros carmesíes con líneas doradas. La vitalidad y la serenidad de su porte, como un ave de rutilante plumaje posada con ligereza antes de emprender futuros vuelos, le alentó a exponerle las limitaciones de su suerte. Le olvidarían tan pronto, con tanta facilidad.

—Nunca sabrá nada de primera mano —comenzó casi con crueldad—. Ya lo han hecho todo por usted. Nunca conocerá el placer de comprar algo después de haber ahorrado para ello, o de leer un libro por primera vez, o de hacer algún descubrimiento.

² Robert Clive (1725-1774), también conocido como Clive de la India, fue el primer gobernador británico de Bengala.

—Continúe —dijo Katharine cuando él hizo una pausa dudando de improviso, al oírle proclamar en voz alta esos hechos, si tendrían algo de cierto.

—Claro que no sé a qué dedica su tiempo —prosiguió un poco tenso—, pero imagino que hace de guía a las visitas. Está escribiendo la vida de su abuelo, ¿verdad? Y ese tipo de cosas —designó con la cabeza la otra habitación, donde se oían estallidos de cultivada risa— deben de robarle mucho tiempo.

Ella le miró expectante, como si entre ambos adornaran un pequeño retrato de ella misma y le viera vacilar en la disposición de un lazo o un cinturón.

—Ha acertado bastante —dijo—, pero no hago sino ayudar a mi madre. Yo no escribo.

—¿Hace algo usted misma? —inquirió él.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella—. No salgo de casa a las diez de la mañana para regresar a las seis de la tarde.

—No me refiero a eso.

El señor Denham volvía a ser dueño de sí mismo; hablaba con un sosiego que ponía a Katharine muy impaciente de que se explicase, pero al mismo tiempo deseaba contrariarle, alejarle de ella al hilo de una ligera corriente burlona o satírica como solía hacer con los jóvenes invitados ocasionales de su padre.

—Hoy en día nadie hace nada que merezca la pena —comentó—. Como ve —dio unos golpecitos al poemario de su abuelo—, ni siquiera imprimimos tan bien como ellos, y en cuanto a poetas, pintores o novelistas, no hay ninguno; así que, en todo caso, no soy única.

—No, no tenemos grandes hombres —repuso Denham—. Me alegro mucho de que no los tengamos. Odio a los grandes hombres. En mi opinión, el culto a la grandeza en el siglo XIX explica la inepticia de esa generación.

Katharine despegó los labios y respiró hondo como si fuera a responder con el mismo vigor, cuando el sonido de una puerta que

se cerraba en la habitación contigua captó su atención, y ambos advirtieron que las voces que habían oído alzarse y descender en torno a la mesa habían enmudecido; aun la luz parecía haber menguado. Un minuto después, la señora Hilbery apareció en el umbral de la antesala. Se les quedó mirando con una sonrisa expectante en el rostro, como si viera representarse en su honor una escena del drama de la nueva generación. Era una mujer muy bien plantada, que rebasaba los sesenta, pero a juzgar por la liviandad del cuerpo y el brillo de los ojos habríase dicho que los años apenas la habían rozado a su paso. Su rostro era enjuto y aguileño, pero cualquier atisbo de agudeza era disipada por unos grandes ojos azules, a la par sagaces e inocentes, que parecían contemplar el mundo con el enorme deseo de que se condujera con nobleza, y la plena confianza de que era capaz de hacerlo si se tomaba la molestia.

Algunas arrugas en la amplia frente y en torno a los labios podrían sugerir que había conocido momentos de cierta dificultad y de cierto apuro en el curso de su vida, pero en ese caso estos no habían minado su confianza pues, al parecer, seguía dispuesta a dar a cada uno las oportunidades que hicieran falta, y al sistema entero el beneficio de la duda. Se parecía mucho a su padre y, en cierto modo, evocaba como él los soplos de aire fresco y los espacios abiertos de un mundo más joven.

—Bien —dijo—, ¿qué le parecen nuestras cosas, señor Denham?

El señor Denham se levantó, dejó el libro, abrió la boca, pero no dijo nada, como comentó Katharine bastante divertida.

La señora Hilbery agarró el libro que él había dejado.

—Hay libros que tienen una auténtica vida —dijo pensativa—. Son jóvenes con nosotros y envejecen con nosotros. ¿Le gusta la poesía, señor Denham? Pero ¡qué pregunta más absurda! Lo cierto es que el querido señor Fortescue me ha dejado un poco rendida. Es tan elocuente y agudo, tan perspicaz y profundo, que al cabo de aproximadamente una hora tengo ganas de apagar todas las luces. Pero quizás fuera más maravilloso que nunca a oscuras. ¿Qué opinas,

Katharine? ¿Organizamos una pequeña reunión en plena oscuridad? Habría que tener habitaciones iluminadas para los pesados...

Aquí el señor Denham le tendió la mano.

—¡Pero si tenemos un montón de cosas que enseñarle! —exclamó la señora Hilbery ignorando el gesto—. Libros, cuadros, porcelana, manuscritos y el mismísimo sillón en que se sentó María Estuardo, Reina de Escocia, cuando se enteró del asesinato de Darnley. Yo necesito tumbarme un rato y Katharine debe cambiarse de vestido (aunque el que lleva es precioso), pero si no le molesta quedarse solo, la cena será a las ocho. Imagino que escribirá un poema mientras espera. ¡Ah, cómo me gusta la luz de la lumbre! ¿No tiene el salón un aspecto encantador?

Retrocedió un paso y les invitó a contemplar el salón vacío, iluminado con ricas e irregulares luces que bailaban y oscilaban al antojo de las llamas.

—¡Queridas cosas! —exclamó—. ¡Queridos sillones y mesas! Son como viejas amigas; fieles y taciturnas amigas. Lo que me recuerda, Katharine, que el pequeño señor Anning vendrá esta noche, y Tite Street, y Cadogan Square...³ Recuerda llevar a acristalar ese dibujo de tu tío abuelo. Tía Millicent lo comentó la última vez que vino, y sé cuánto me dolería a mí ver un retrato de mi padre tras un cristal roto.

Despedirse y huir era como tener que rasgar una titilante tela de araña tras otra, pues a cada movimiento la señora Hilbery recordaba algo acerca de las villanías de los enmarcadores de cuadros o las delicias de la poesía, y en cierto momento el joven pensó que le hipnotizaría para que hiciera lo que ella quería que hiciera, pues no suponía que concediera valor alguno a su presencia. Sin embargo, Katharine le brindó la oportunidad de marcharse, y eso sí se lo agradeció, como un joven agradece la comprensión de otro.

³ Tite Street, calle del privilegiado barrio de Chelsea donde vive la familia de Katharine, y Cardogan Square, en Knightsbridge, eran elegantes lugares donde quizás vivieran los familiares de los Hilbery, lo que explicaría que la señora Hilbery, en lugar de designarles por el nombre, lo haga por su lugar de residencia.